

blo con usted en el seno de la amistad, y deseo cordialmente que las esperanzas de utilidad que yo ofrezca aumenten la buena disposición que se me ha manifestado, y que también se deben a usted y a sus talentos.

»Trabaje, trabaje, mi querido amigo; hágase ilustre. Puede lograrlo: el porvenir es de usted. Espero que la palabra dada continuamente por el *interventor general de hacienda*, se cumpla al menos en parte. Esto me consuela, porque no puedo soportar la idea de que una hermosa obra se retrase por falta de algunos socorros. Escríbame usted; que nuestros corazones estén en comunicación; que nuestras musas sean siempre amigas. Hábleme usted de sus trabajos. Quiero alegrarle al concluir; he compuesto la mitad de un nuevo canto a la orilla del Elba, y estoy más contento de él que de lo demás.

»Adiós: le abraza tiernamente su amigo,

»FONTANES.»

Fontanes me dice que al cambiar de destierro seguía haciendo versos. No se puede robar todo al poeta; lleva consigo su lira. Dejad al cisne sus alas; y los ríos desconocidos repetirán cada tarde las quejas melódicas que hubiera preferido hacer resonar en el Eurotas.

Esta primera carta afectuosa del primer amigo que he tenido en mi vida, y que, desde que la escribió, ha estado junto a mí veintitrés años, me advierte mi progresivo aislamiento. Fontanes ya no existe: un dolor profundo, la muerte trágica de un hijo lo ha llevado al sepulcro antes de tiempo. Casi todos los seres de quien he hablado en estas *Memorias* han desaparecido; es un registro de difuntos que llevo. Unos años más, y yo, condenado a formar el catálogo de los muertos, no dejaré que nadie inscriba mi nombre en el libro de los ausentes.

Pero si me quedo solo, si ninguna de las personas que me han amado queda para conducirme a mi última morada, yo menos que nadie necesito guía; tengo abierto el camino; yo he estudiado los lugares por donde debo pasar; yo he querido ver lo que sucede en el último momento.

Siempre al borde de una fosa, a la que se bajaba un féretro con cuerdas, he oído su crujido; después, el ruido de la primera capa de tierra que caía sobre el ataúd; a cada nueva paletada el ruido

hondo disminuía, y cubriendo la tierra la sepultura, hacía elevarse poco a poco el silencio eterno hasta la superficie de la tumba. ¡Fontanes! me habéis escrito: *¡Que nuestras musas sean siempre amigas!* No lo habéis escrito en vano.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

MUERTE DE MI MADRE. — VUELTA A LA RELIGIÓN. — «EL GENIO DEL CRISTIANISMO». — CARTA DEL CABALLERO DE PANAT. — MI TÍO EL SEÑOR DE BEDÉE: SU HIJA MAYOR. — INCIDENCIAS. — LITERATURA INGLESA. — DECAIMIENTO DE LA ANTIGUA ESCUELA. — HISTORIADORES. — PUBLICISTAS. — POETAS. — SHAKESPEARE.

Alloquar? audiero nunquam tua verba loquentem?
Nunquam ego te, vita frater amabilior,
Aspiciam post hæc? at, certe, semper amabo?

«¿Ya no te volveré a hablar? ¿No oíré jamás tus palabras? ¿Nunca te veré, hermano más querido que la vida? ¡Ah! ¡pero siempre te amaré!»

He perdido un amigo, y voy a perder una madre; es necesario tener siempre en los labios los versos que Cátulo dirigía a su hermano. En este valle de lágrimas, lo mismo que en el infierno, hay yo no sé qué eterna queja, que constituye el fondo o la nota dominante de las lamentaciones humanas; se la oye continuamente, y duraría hasta después de extinguirse los dolores creados.

Una carta que recibí poco después que la de Fontanes confirmaba mi triste observación sobre mi progresivo aislamiento; mi amigo me invitaba a *trabajar, a darme renombre*; mi hermana me aconsejaba que renunciara a *escribir*: el uno me proponía la gloria, la otra el olvido. ¿Habéis visto en la historia de la señora de Farey cuáles eran sus ideas? Profesaba odio a la literatura, porque la contemplaba como una de las tentaciones de su vida.

Saint-Servan, 1.º de julio de 1798.

«Amigo mío: Acabamos de perder la mejor de las madres; con dolor te comunico este golpe funesto. Cuando dejes de ser el objeto de nuestra solicitud, habremos dejado de vivir. Si supieras cuántas lágrimas han hecho derramar tus extravíos a nuestra respetable madre, y lo deplorables que parecen a los que hicieron profesión de piedad y de razón; si tú lo supieras, quizá esto contribuiría a hacer abrir los ojos y a renunciar a es-

cribir; y si el cielo, apiadándose de mis súplicas, permitiera nuestra reunión, encontrarías en medio de nosotros toda la felicidad posible en la tierra; y tú nos la darías, porque mientras estemos inquietos por tu suerte, no la podemos tener.»
¡Ah! ¡que no haya seguido yo el consejo de mi hermana! ¿Por qué he seguido escribiendo? Sin mis obras, ¿se hubieran cambiado en nada los acontecimientos o el espíritu de la época?

La ternura filial que profesaba a la señora de Chateaubriand era profunda. Mi infancia y mi juventud se ligaban íntimamente con el recuerdo de mi madre; todo cuanto yo sabía procedía de ella. La idea de haber emponzoñado los últimos momentos de la mujer que me llevó en su seno, me desesperaba; arrojé al fuego con horror ejemplares del *Ensayo*, como el instrumento de mi crimen; si me hubiera sido posible destruir la obra, lo hubiera hecho sin vacilar. No salí de esta turbación hasta que me ocurrió expiar mi primera obra con otra obra religiosa: tal fué el origen de *El Genio del Cristianismo*.

Dije en el primer prefacio de esta obra que mi madre, después de haber sido arrojada a los setenta y dos años en los calabozos, donde vió perecer una parte de sus hijos, murió sobre una mala cama, que la habían ofrecido sus desgracias. La memoria de mis extravíos derramó sobre sus últimos días un verdadero pesar; ella encargó al morir, a una de mis hermanas, que me atrajera a la religión, en la cual había sido educado. Mi hermana me anunció el último voto de mi madre. Cuando la carta llegó a mi poder, después de atravesar el mar, mi hermana misma ya no existía; ella también había muerto por consecuencia de su prisión. Aquellas dos voces que salían de la tumba; esta muerte que servía de intérprete a la muerte, me conmovieron. Me he hecho cristiano. Puedo afirmar que no he cedido a grandes luces sobrenaturales; mi convicción ha nacido en el corazón; he llorado y he creído.

Yo me exageraba mi falta: el *Ensayo* no era un libro impío; era un libro de duda y de dolor. Al través de las tinieblas de esta obra, se descubre el rayo de luz cristiana que brilló sobre mi cuna. No era necesario un gran esfuerzo para volver del escepticismo del *Ensayo* a la certeza de *El Genio del Cristianismo*.

Cuando después de la muerte de la se-

ñora de Chateaubriand me decidí a cambiar súbitamente de camino, el título de *Genio del Cristianismo* que encontré al instante, me inspiró; me puse a trabajar, con el ardor de un hijo que levanta un mausoleo a su madre. Mis materiales estaban preparados desde hacía mucho por mis precedentes estudios. Conocía las obras de los Santos Padres mejor que lo que se las conoce en nuestros días; las estudié para combatirlos, y había entrado en este camino con mala intención; y, en lugar de salir vencedor, salí vencido.

En cuanto a la historia, propiamente dicha, me había ocupado especialmente en ella al escribir el *Ensayo sobre las Revoluciones*. Las obras de Camden que acababa de examinar me habían hecho familiares las costumbres y las instituciones de la Edad Media.

Por último, mi terrible manuscrito de los *Natchez*, de dos mil trescientas noventa y tres páginas en folio, contenía todas cuantas descripciones de la naturaleza pudiera necesitar *El Genio del Cristianismo*; podía, pues, tomar ampliamente de esta fuente, como había tomado ya para el *Ensayo*.

Escribí la primera parte de *El Genio del Cristianismo*. Los señores Dulau, que se habían hecho editores del clero francés emigrado, se encargaron de la publicación.

La obra, comenzada en Londres en 1799, se terminó en París en 1802; podéis ver los diferentes prefacios de *El Genio del Cristianismo*. Una especie de fiebre me devoró durante el tiempo de mi composición; no es posible formarse una idea de lo que es llevar a la vez en su cabeza, en su sangre, en su alma, a *Atala* y *René*, y mezclar al alumbramiento doloroso de estos ardientes gemelos la tarea de concepción de las otras partes de *El Genio del Cristianismo*. El recuerdo de Carlota se mezclaba a todo esto, prestándole calor; y, para complemento, inflamaba mi imaginación exaltada el primer deseo de gloria. Este deseo tenía origen en la ternura filial; quería obtener un gran éxito, a fin de que subiera hasta la mansión de mi madre, y que los ángeles la llevaran mi santa expiación.

Mis días y mis noches se pasaban en leer, en escribir, en estudiar el hebreo con un sabio sacerdote, el abate Capelan, en consultar las bibliotecas y las personas instruidas, en vagar por las campiñas con mis tercas fantasías, en recibir y hacer visitas.

Algunas lecturas de mis primeros borradores sirvieron para ilustrarme. La lectura es excelente como instrucción cuando no se toman como moneda corriente las adulaciones obligadas. Con tal que un autor tenga buena fe, conocerá en seguida, por medio de la impresión de los demás, los puntos débiles de su trabajo, y, sobre todo, si este trabajo es demasiado largo o corto, si guarda, no llena, o rebasa la justa medida. He encontrado una carta del caballero de Panat sobre la lectura de mi obra, entonces tan desconocida. La carta es encantadora; el espíritu positivo y burlón del obscuro caballero no parecía susceptible de impregnarse así de poesía. No me resisto a copiar esta carta, documento de mi historia, aunque esté llena de elogios en mi favor, como si el autor se hubiera complacido en derramar su tintero sobre su epístola.

«Hoy lunes.

» ¡Buen Dios, qué interesante lectura he debido esta mañana a su exquisita complacencia! Nuestra religión había contado entre sus defensores grandes genios, padres ilustres de la Iglesia; estos atletas habían esgrimido con vigor las armas del raciocinio; la incredulidad estaba vencida, pero no bastaba; era preciso demostrar todos los encantos de esta religión admirable; era necesario probar cómo se amolda al corazón humano, y qué magníficos cuadros ofrece a la imaginación. Ya no es el teólogo en la cátedra, es el gran pintor, es el hombre sensible que se abre un nuevo horizonte. Faltaba su obra de usted, y era usted el llamado a hacerla. La naturaleza le ha dotado eminentemente de las hermosas cualidades que exige: pertenece usted a otro siglo... ¡Ah! si las verdades de sentimiento son las primeras en el orden de la naturaleza, nadie habrá demostrado mejor que usted las de nuestra religión; usted habrá confundido a la puerta del templo a los ímpios, y habrá introducido en el santuario los espíritus delicados y los corazones sensibles. Usted me recuerda a aquellos filósofos antiguos que daban sus lecciones con la cabeza coronada de flores y las manos llenas de suaves perfumes. Y ésta es una imagen muy pálida de su talento, tan suave, tan puro, y tan antiguo.

» Todos los días me felicito por la feliz circunstancia que me ha acercado a usted; no puedo olvidar que debo este placer a Fontanes; lo aprecio más por

esto, y mi corazón no separará jamás dos nombres que debe unir la misma gloria, si el cielo nos abre las puertas de nuestra patria.

» EL CABALLERO DE PANAT. »

El abate Delille oyó también la lectura de algunos fragmentos de *El Genio del Cristianismo*, quedando sorprendido; al cabo de algún tiempo me hizo el honor de rimar la prosa que le había agradado.

La edición incompleta de *El Genio del Cristianismo*, comenzada en Londres, variaba un poco en el orden de materias de la edición publicada en Francia. La censura consular, que más tarde se convirtió en imperial, se mostraba muy quisquillosa con respecto a los reyes: su persona, su honor, sus virtudes, le eran caros de antemano. La policía de Fouché veía descender ya del cielo el pichón blanco, símbolo del candor de Bonaparte y de la inocencia revolucionaria. Los sinceros creyentes de las procesiones republicanas de Lyon me obligaron a suprimir un capítulo intitulado *Los Reyes Ateos*, y a diseminarlo en párrafos en el cuerpo de la obra.

Antes de continuar estas investigaciones literarias, es necesario interrumpirlas un momento para despedirme de mi tío de Bedée. ¡Ay! es despedirse de la primera alegría de mi vida: *freno non remorante dies*: «ningún freno detiene los días.» Los antiguos sepulcros en las antiguas catacumbas, vencidos por el tiempo, caducos y sin memoria, habiendo perdido sus epitafios, han olvidado hasta los nombres de los que encierran.

Escribí a mi tío con motivo de la muerte de mi madre; me contestó una carta larga, en la que había algunas tiernas frases de pesar; pero las tres cuartas partes de ella estaban consagradas a mi genealogía. Me recomendaba, sobre todo, que, cuando volviera a Francia, buscara los títulos del *blasón de los Bedée*, confiado a mi hermano. A este venerable desterrado, ni la ruina, ni la destrucción de su familia, ni el sacrificio de Luis XVI, lo advertían de la revolución; nada había pasado, nada había acontecido; estaba siempre en los Estados de Bretaña y en la Asamblea de la nobleza.

A su vuelta de la emigración, mi tío de Bedée se retiró a Dinán, donde ha muerto a seis leguas de Monchoix, sin haberlo vuelto a ver. Mi prima Carolina, la mayor de mis tres primas, vive aún.

Se ha quedado solterona, a pesar de las respetuosas intimaciones de su antigua juventud. Me escribe cartas sin ortografía, en las cuales me tutea, me llama *caballero*, y me habla de nuestros buenos tiempos: *in illo tempore*. Sus ojos eran negros y hermosos, y tenía una estatura proporcionada; bailaba como la Carماغo, y cree recordar que yo la profesaba un amor fiero. Yo le respondo en el mismo tono, dejando aparte, a ejemplo suyo, mis años, mis honores y mi fama: «Sí, querida Carolina; tu caballero, etc.» Hace unos seis o siete lustros que no nos vemos. ¡Dulce, patriarcal, inocente, honrosa amistad de familia: vuestro siglo ha pasado! No estamos agarrados ya al suelo con una porción de raíces, de flores, y vástagos; ahora se nace y se muere uno a uno. Los vivos se apresuran a enviar al difunto a la eternidad, desembarazándose de su cadáver. Entre los amigos, los unos van a esperar el féretro a la iglesia, refunfuñando por haber alterado sus costumbres y sus horas; los otros llevan su adhesión hasta acompañar el convoy al cementerio; cubierta la fosa, todo recuerdo queda borrado. ¡Ya no volveréis más, días de religión y de ternura, en que el hijo espiraba en la misma casa, en el mismo sillón, cerca del mismo hogar, donde habían muerto sus padres y abuelos; rodeado como ellos de sus hijos y nietos, que, anegados en llanto, recibían la última bendición paternal!

¡Adiós, mi querido tío! ¡Adiós, familia materna, que desapareces como la otra rama! ¡Adiós, mi prima de entonces, que me amas siempre como me amabas cuando oíamos juntos el arrullo de nuestra buena tía Boisteilleul, o cuando asistías a la relevación del voto de mi nodriza en la abadía de Nazareth!

Mis estudios correlativos a *El Genio del Cristianismo* me habían conducido paso a paso, al examen de la literatura inglesa. Cuando me refugié en Inglaterra en 1793, hube de reformar la mayor parte de los juicios que había aprendido con los críticos. Referente a los historiadores, Hume era reputado escritor y retrógrado; se le acusaba, como a Gibbon, de haber llenado de galicismos la lengua inglesa; se prefería a su continuador Smollett. Filósofo durante su vida, cristiano al morir, Gibbon estaba convencido de ser un pobre hombre. Aun se hablaba de Robertson, porque era seco.

En cuanto a los poetas, los *Elegantes*

Extractos servían de destierro a algunas piezas de Dryden; no se perdonaban las rimas de Pope, aun cuando se visitaba su casa en Twickenham, y se cortaban pedazos del sauce llorón plantado por él y marchito como su fama.

Las obras políticas inglesas carecen de interés para nosotros. Los tratados económicos son menos circunscritos; los cálculos sobre la riqueza de las naciones, el empleo de los capitales y la balanza comercial, se aplican en parte a las sociedades europeas.

Burke salía de la individualidad nacional política; al declararse contra la revolución francesa, arrastró a su país a ese largo camino de hostilidades que terminó en los campos de Waterlloo.

No obstante, aun quedaban grandes figuras. Por todas partes se encuentra a Milton y a Shakespeare. Montmorency, Byron, Sully, embajadores de Francia sucesivamente cerca de Isabel y de Jacobo I, ¿oyeron hablar jamás de un farsante, actor en sus propias farsas y en las ajenas? ¿Pronunciaron alguna vez el nombre, tan bárbaro en francés, de Shakespeare? ¿Sospecharon que existiera allí una gloria, ante la cual se habían de abismar sus honores, sus rangos y sus pompas? Pues bien, el cómico que desempeñaba el papel de espectro en *Hamlet*, era el gran fantasma, la sombra de la Edad Media, que se alzaba sobre el mundo, como el astro de la noche, en el momento en que la Edad Media acababa de bajar al sepulcro: siglos gigantes que abrió Dante y cerró Shakespeare.

En el *Compendio histórico* de White Locke, contemporáneo del cantor del *Paraiso perdido*, se lee: «Cierta ciega, llamado Milton, secretario del parlamento para los despachos latinos.» Molière, el histrión, representaba su *Pourceaugnac*, lo mismo que Shakespeare, el batelero, gesticula su *Falstaff*.

Estos viajeros incógnitos, que llegan de vez en cuando a sentarse a nuestra mesa, son tratados por nosotros como huéspedes vulgares; no conocemos su naturaleza hasta que han desaparecido. Al dejar la tierra se transfiguran, y nos dicen como el enviado del cielo a Tobías: «Yo soy uno de los siete que estamos en presencia del Señor.» Pero, aunque los hombres las desconozcan, estas divindades se conocen entre sí: «¿Para qué necesita mi Shakespeare, dice Milton, para sus huesos venerados, las piedras amontonadas por el trabajo de un siglo?» Mi-

guel Angel, envidiando la suerte y el genio de Dante: exclama:

Pur fues' io tal...
Per l'aspro esilio suo con sua virtute
Darei del mondo più felice stato.

«Si yo fuera como él... por su duro destierro con su virtud, daría todas las felicidades de la tierra.»

El Tasso celebra a Camoens, casi ignorado a la sazón, y cimenta su fama. ¿Era cojo Shakespeare, como lord Byron, Wálter Scott y las hijas de Júpiter? Si lo era en efecto, el *Boy* de Stratford, en vez de avergonzarse de ello, no teme recordarlo, como Childe-Harold a una de sus queridas:

... lame by fortune's dear est spite.

«Cojo, por el capricho de la fortuna.»

Shakespeare hubiera tenido muchos amores, si se contaran por sus sonetos. El creador de Desdémona y de Julieta envejecía sin cesar de amar. La desconocida a quien se dirige en versos encantadores, ¿estaba orgullosa, y se consideraba feliz por ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? Se puede poner en duda; la gloria es, para un anciano, lo que las joyas para una vieja; la adornan, pero no la embellecen.

«No llores mucho mi muerte—dice el trágico inglés a su querida—. Si lees estas líneas, no recordéis la mano que las ha trazado; os amo tanto, que quisiera ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si al pensar en mí pudiérais ser desgraciada.

»¡Oh! si echáis una mirada por estos renglones cuando yo no sea más que un puñado de polvo, no repitáis mi pobre nombre siquiera: dejad que vuestro amor se extinga con mi vida.»

En su juventud encontró monjes viejos arrojados de sus claustros, los cuales habían visto a Enrique VIII, sus reformas, sus queridas, y sus verdugos. Cuando el poeta abandonó la vida, Carlos I tenía diez y seis años.

De este modo pudo tocar con una mano las cabezas encanecidas que amenazó la cuchilla del penúltimo de los Tudor, y con la otra la cabeza negra del segundo de los Estuardos, que debía cortar el hacha de los parlamentarios. Apoyado en estas frente trágicas, bajó Shakespeare al sepulcro: el intervalo de los días que vivió lo llenó con sus espectros, sus reyes ciegos, sus ambiciosos castigados, sus mujeres infortunadas, a fin de reunir, por medio de ficciones análogas, las realida-

des del pasado con las realidades del porvenir.

Está considerado como uno de los cinco o seis escritores que han bastado a las exigencias y al alimento del pensamiento; estos genios madres parece que han engendrado y criado a los demás. Homero, fecundó la antigüedad: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanos, Horacio, Virgilio, son sus hijos. Dante ha engendrado la Italia moderna, desde Petrarca hasta el Tasso. Rabelais fué el creador de las letras francesas; Montaigne, La Fontaine, Molière, son descendientes suyos. Inglaterra es toda Shakespeare, que hasta estos últimos tiempos ha prestado su lengua a Byron, su diálogo a Wálter Scott.

Se reniega frecuentemente de estos maestros supremos; se rebelan contra ellos; se enumeran sus defectos; se les acusa de fastidiosos, de difusos, de extravagantes, de mal gusto, y se les roba, vistiéndose con sus despojos; pero en vano se agitan bajo su yugo. Todo tiene sus colores; por todas partes se encuentran sus huellas; ellos inventan palabras y nombres que van a engruesar el vocabulario general de los pueblos; sus frases se convierten en proverbios, sus personajes ficticios en personajes reales, que tienen herederos y descendencia. Descubren horizontes de donde brotan torrentes de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; dan pensamientos, asuntos, estilos a todas las artes; sus obras son las minas o las entrañas del espíritu humano. Estos genios ocupan el primer rango: su grandeza, su variedad, su fecundidad, su originalidad, hacen que se les reconozca como leyes, ejemplares, moldes, tipos de inteligencias diversas, como hay cuatro o cinco razas de hombres de un mismo tronco, de las que las demás sólo son ramales. Librémonos de insultar los desórdenes en que suelen caer alguna vez estos seres poderosos; no imitemos al maldito Cam; no riamos, si llegamos a ver desnudo y dormido a la sombra del arca encallada sobre las montañas de Armenia al único y solitario navegante del abismo. Respetemos a este marino del diluvio que volvió a comenzar la creación después de cerrarse las cataratas del cielo: los hijos piadosos, bendecidos por nuestro padre, cubrámoslo púdicamente con nuestro manto.

Shakespeare no pensó nunca que pasaría a la posteridad: ¿qué le importa hoy mi cántico de admiración? Admitien-

do todas las hipótesis, ratiocinando según las verdades o los errores de que está penetrado o imbuído el espíritu humano, ¿de qué sirve a Shakespeare una fama cuyo ruido no puede subir hasta él? ¿Cristiano? ¿Se ocupa de la nada del mundo en medio de la felicidad eterna? ¿Deísta? Desprendido de las sombras de la materia, perdido en el esplendor de Dios, ¿dirigirá una mirada al grano de arena por donde ha pasado? ¿Ateo? Reposo con ese sueño sin aliento y sin fin que se llama la muerte.

Nada, pues, tan vano como la gloria después de la muerte, a menos que no haya hecho vivir la amistad, que no haya sido útil a la virtud, que no haya corrido la desgracia, y que nos sea dado disfrutar en el cielo de una idea consoladora, generosa, libertadora, sembrada por nosotros en la tierra.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

INCIDENCIAS. — NOVELAS ANTIGUAS. — NOVELAS NUEVAS. — RICHARDSON. — WÁLTER SCOTT. — POESÍAS NUEVAS. — BEATTIE. — LORD BYRON.

A fines del siglo pasado las novelas habían sido comprendidas en la proscripción general. Richardson dormía olvidado, sus compatriotas hallaban en su estilo rastros de la sociedad inferior en que había vivido. Fielding lograba sostenerse; Sterne, emprendedor de originalidad, había pasado. Se leía aún *El Vicario de Wakefield*.

Si Richardson carece de estilo (de lo cual nosotros, extranjeros, no somos jueces), no vivirá, porque no se vive más que por el estilo. Inútilmente hay quien se rebela contra esta verdad; la obra mejor compuesta, adornada de retratos muy parecidos, llena de otras mil perfecciones, nace muerta si le falta el estilo. El estilo, y hay muchas especies, no se aprende; es don del cielo; es el talento. Pero si Richardson ha sido abandonado tan sólo por ciertas locuciones vulgares, insuportables a una sociedad elegante, volverá a renacer; la revolución que se verifica, bajando la aristocracia y elevando a las clases medias, hará menos sensibles los rastros de las costumbres domésticas.

De *Clarisa* y de *Tom-Jones* nacen las dos principales ramas de la familia moderna de las novelas inglesas: las novelas en cuadros de familia y dramas domésticos, y las de aventura y pintura de

la sociedad general. Después de Richardson, las costumbres del *Oeste* de la ciudad hicieron una irrupción en el dominio de las ficciones: la novela se llenó de palacios, de lores y de ladys, de escenas en el agua, de aventuras en las carreras de caballos, en el baile, en el teatro, en el Ranelagh, con un *chit-chat*, con una chismografía interminable. No tardó en transportarse la escena a Italia; los amantes atravesaron los Alpes con peligros espantosos y dolores de alma capaces de enternecer a las fieras; ¡el león derramó lágrimas! una jerga de buena sociedad fué adoptada.

En estos millares de novelas que por espacio de medio siglo han inundado Inglaterra, dos han conservado su puesto: *Caleb Williams* y *Le Moine*. Yo no vi a Godwin durante mi retirada a Londres; pero hallé dos veces a Lewis. Era un hombre joven, miembro de los Comunes, muy agradable, y que tenía el aire y las maneras de un francés. Las obras de Ana Radcliffe forman un género aparte. Las de la señora Barbauld, las de la señorita Edgerworth, las de la señorita Burnet, etcétera, tienen, según dicen, esperanzas de duración. «Debería haber—dice Montaigne—leyes coercitivas contra los escritores ineptos e inútiles, como las hay contra los vagos y mal entretenidos. Serían desterrados de las manos del pueblo, tanto yo como otros muchos. La manía de escribir parece ser un síntoma de un pueblo desbordado.»

Pero estas escuelas diversas de novelistas sedentarios, que viajan en diligencia o calesa, por lagos y montañas, por entre ruinas y fantasmas, novelistas de ciudades y de salones, han venido a perderse en la nueva escuela de Wálter Scott, así como la poesía se ha precipitado por el camino de lord Byron.

El ilustre pintor de Escocia comenzó la carrera de las letras, cuando mi destierro a Londres, por la traducción de *Berlichingen*, de Goethe. Continuó dándose a conocer en la poesía, hasta que la inclinación de su genio lo llevó a la novela. En Wálter Scott me veo obligado a saltar algunas conversaciones interminables; es falta mía, sin duda; pero uno de sus mayores méritos, a mi modo de ver, es poder ponerse en las manos de todo el mundo.

Burke retuvo la política de Inglaterra en lo pasado; Wálter Scott hizo retroceder a su pueblo hasta la Edad Media: todo lo que se escribió, fabricó, edificó, fué

gótico: muebles, casas, libros, iglesias, palacios.

Al par que la novela pasaba al estado romántico, la poesía sufría una transformación semejante. Cowper abandonó la escuela francesa para hacer revivir la escuela nacional. En Escocia, Burns inició la misma revolución. Detrás de ellos llegaron los restauradores de las baladas. Algunos de estos poetas de 1792 a 1800 pertenecían a *Lake school*, nombre que aun dura, porque los novelistas vivían a la orilla de los lagos de Cumberland y Westmoreland, a los que cantaban en algunas ocasiones.

Tomás Moore, Campbell, Rogers, Crabbe, Wordsworth, Southey, Hunt, Knowles, lord Holland, Canning, Croker, aun viven para honor de las letras inglesas; pero es preciso haber nacido inglés para apreciar todo el mérito de un género íntimo de composición que se hace sentir con particularidad a los hombres del país.

No se puede ser juez competente en una literatura viva más que de las obras escritas en su propia lengua. En vano creéis poseer a fondo un idioma extranjero; os falta la leche de la nodriza y las primeras palabras que se aprenden en su regazo y en vuestras envolturas; ciertos acentos no son más que de la patria. Los alemanes y los ingleses tienen las más extravagantes nociones de nuestros literatos: aprecian lo que nosotros despreciamos, y desprecian lo que nosotros estimamos; no entienden ni a Racine, ni a La Fontaine; a Molière en parte solamente. Da risa saber cuáles son nuestros prestigios literarios en Londres, en Viena, en Berlín, en Petersburgo, en Munich, en Leipzig, en Gottinga, en Colonia, y saber lo que allí se lee y lo que se deja de leer.

Cuanto más íntimo, más individual y nacional es el talento, tanto más se ocultan sus misterios al entendimiento, que no es, por decirlo así, *compatriota* de este ingenio. Nosotros admiramos de buena fe a los griegos y a los romanos; nuestra admiración es hija de la tradición; pero los griegos y romanos no están ahí para burlarse de nuestros juicios de bárbaros. ¿Quién de nosotros puede formarse idea de la armonía, de la prosa de Demóstenes y de Cicerón, de la cadencia de los versos de Alceo y de Horacio, tales como las comprendería un oído griego y latino?

Burns, Mason, Cowper, murieron durante mi emigración en Londres antes de 1800 y en 1800; ellos terminaban el siglo, y yo lo comenzaba. Darwin y Beattie fallecieron dos años después de mi vuelta del destierro.

Beattie anunció la era nueva de la lira. El *Minstrel*, o el *Progreso del Genio*, es la pintura de los efectos de la musa sobre un joven bardo, que desconoce aún la inspiración que lo atormenta. Tan pronto el futuro poeta va a sentarse a la orilla del mar durante una tempestad, como retira la vista de la aldea para escuchar a lo lejos el sonido de la dulzaina.

Beattie ha recorrido toda la serie de fantasías y de ideas melancólicas, de las cuales otros poetas pretendían ser los *descubridores*. Se proponía continuar su poema, y, en efecto, ha escrito el segundo canto: Edwin oye una tarde una voz grave que se levanta del fondo de un valle; aquella voz es la de un solitario que, después de haber conocido las ilusiones del mundo, se ha sepultado en su retiro, para recoger allí su alma y cantar las alabanzas del Criador. El solitario instruye al joven *minstrel*, y le revela el secreto de su genio. La idea era feliz; pero la ejecución no correspondió a la felicidad de la idea. Beattie estaba predestinado a derramar lágrimas: la muerte de su hijo destrozó su corazón paternal: como Ossian, después de la pérdida de su Oscar, colgó su lira en las ramas de una encina. Tal vez el hijo de Beattie era este joven *minstrel* que un padre había cantado, y del cual no veía ya las huellas por la montaña.

En los versos de lord Byron se encuentran imitaciones sorprendentes del *minstrel*: en la época de mi destierro en Inglaterra, lord Byron iba a la escuela en Harrow, pueblo distante diez millas de Londres. Él era niño, yo era joven, y ambos desconocidos; se había criado en los matorrales de la Escocia, a la orilla del mar, como yo en las landas de la Bretaña, a la orilla del mar; él estudió la Biblia y el Ossian, como yo los estudié; él cantó en Newstead-Abbey los recuerdos de la infancia, como yo los había cantado en el castillo de Comboung.

«Cuando yo exploraba, joven montañés, el noble monte, y pisaba tu cima pendiente, oh Morven coronado de nieve, para admirar el torrente que resonaba debajo de mí, o los vapores de la tempestad que se amontonaban a mis pies...»

Cuando yo era desgraciado, varias veces crucé el pueblo de Harrow, en mis excursiones por las cercanías de Londres, sin saber qué genio había allí. Yo me he sentado en el cementerio, al pie del olmo, bajo el cual lord Byron escribía, en 1807, estos versos, cuando yo volvía de la Palestina.

Spot of my youth! whose hoary branches eigh,
Swept by the breeze that fans thy cloudless sky, etc.

«¡Sitio de mi juventud, donde suspiran las ramas encanecidas, desfloradas por la brisa que refresca tu cielo limpio! ¡Lugar por donde voy solo, yo, que he pisado continuamente con aquellos a quien amaba tu césped mullido y verde! Cuando el destino hiele este seno que devora la fiebre; cuando haya logrado calmar los pesares y las pasiones... aquí donde palpité, aquí podrá reposar mi corazón. ¡Si pudiera dormirme donde se despertaron mis esperanzas... mezclado con la tierra donde corrieron mis pisadas... llorado por aquellos que se asociaron a mis jóvenes años, y olvidado del resto del mundo!»

Y yo exclamo: ¡Salud, antiguo olmo, a cuyo pie Byron, niño, se abandonaba a los caprichos de la infancia, cuando yo soñaba bajo tu sombra a René, bajo esa misma sombra donde fué más tarde el poeta a pensar a su vez el *Childe-Harold*! Byron pedía al cementerio, testigo de los primeros juegos de su vida, una tumba ignorada; inútil súplica que la gloria no escuchara. Sin embargo, Byron no es ya lo que ha sido; lo encontré cuando vivía en Venecia; al cabo de algunos años, en esa misma ciudad, donde vi su nombre por todas partes, lo he encontrado borrado y desconocido de todos. Lord Byron ha muerto enteramente para ellos; ya no se oyen los relinchos de su caballo: lo mismo sucede en Londres, donde ha perecido su memoria. He aquí lo que somos.

Si yo pasé por Harrow sin saber que el niño lord Byron respiraba allí, ingleses han pasado por Comboung sin sospechar que un pequeño vagabundo, criado en aquellos bosques, dejaría algún rastro. El viajero Arturo Young escribía al atravesar por Comboung:

«Hasta Comboung (de Pontorson) la región tiene un aspecto salvaje; la agricultura no está allí más adelantada que entre los hurones, cosa que parece increíble en un país cerrado; el pueblo es tan salvaje como el país, y la ciudad de Comboung es una de las más sucias y más

toscas que se pueden ver: casas de tierra sin vidrios, y un pavimento tan destrozado, que detiene a los pasajeros; no ofrece ninguna comodidad. No obstante, se ve un castillo y está habitado. ¿Quién es este señor de Chateaubriand, propietario de ese castillo, que tiene nervios bastante fuertes para residir en medio de tanta inmundicia y pobreza? Debajo de este asqueroso montón de miseria hay un hermoso lago rodeado de una cerca muy arbolada.»

Este señor de Chateaubriand era mi padre, y el retiro que parecía tan insostenible al agrónomo de mal humor, no dejaba de ser por eso una noble y bella mansión, aunque sombría y grave. En cuanto a mí, débil planta de yedra que empezaba a rodearse a estas torres salvajes, ¿hubiera podido verme el señor Young, dedicado exclusivamente a examinar nuestras cosechas?

Permitaseme añadir a estas páginas escritas en Inglaterra en 1822 estas otras que fueron escritas en 1824 y 1840: ellas coronarán el fragmento de lord Byron; este fragmento estará completo cuando se lea lo que repetiré del gran poeta al pasar a Venecia.

Tal vez habrá en el porvenir algún interés al notar el encuentro de los dos jefes de la nueva escuela francesa e inglesa, con un mismo fondo de ideas y de destino, si no de costumbres, casi iguales: par de Inglaterra el uno; el otro par de Francia, los dos viajeros del Oriente, muchas veces cerca el uno del otro, y no viéndose jamás; sólo que la vida del poeta inglés no se ha visto mezclada con tan grandes acontecimientos como la mía.

Lord Byron fué a visitar después que yo las ruinas de Grecia; en *Childe-Harold* parece que embellece con sus propios colores las descripciones del *Itinerario*. Al comenzar mi peregrinación, yo reproduce el adiós de sir Joinville a su castillo. Byron dirige otro igual a su habitación gótica.

En *Los Mártires*, Eudoro parte de Mesenia para ir a Roma: «Nuestra navegación fué larga, dice... vimos todos estos promontorios marcados por templos o sepulcros...»

«Mis jóvenes compañeros no habían oído hablar más que de las metamorfosis de Júpiter, y no comprendieron nada de las ruinas que veían sus ojos; yo me había sentado con el profeta sobre los escombros de ciudades desoladas, y Babilonia me mostraba a Corinto.»

El poeta inglés es como el prosista francés, después de la carta de Sulpicio a Cicerón; semejanza tan perfecta me es muy gloriosa, porque me he anticipado al cantor inmortal en la plaza donde tuvimos los mismos recuerdos, y donde hemos conmemorado las mismas ruinas.

Los primeros traductores, comentaristas y admiradores de lord Byron, no quisieron hacer notar que algunas páginas de mis obras podían estar presentes en la memoria del pintor de *Childe-Harold*, creyendo que era robar algo a su genio. Ahora que el entusiasmo se ha calmado un poco, no se me niega tanto este honor. Nuestro inmortal cancionero, en el último volumen de sus cantos, dice: «En una de las estrofas que preceden a ésta, hablo de las *liras* que Francia debe al señor de Chateaubriand. Yo no temo que este verso sea desmentido por la nueva escuela poética que, nacida bajo las alas del águila, con razón se ha glorificado de su origen. La influencia del autor de *El Genio del Cristianismo* se ha hecho sentir igualmente en el extranjero, y es justo reconocer que el cantor de *Childe-Harold* es de la familia de René.»

En un excelente artículo sobre lord Byron, ha renovado el señor de Villemain la observación del señor Béranger: «Varias páginas incomparables de *René*—dice—habían agotado, es cierto, este carácter poético. Ignoro si Byron las imitaba o las renovaba con su genio.»

Lo que acabo de decir sobre las afinidades de imaginación y de destino entre el cronista de *René* y el cantor de *Childe-Harold*, no quita un solo cabello de la cabeza del poeta inmortal.

¿Qué importa a la musa del *Dee*, que lleva una lira y alas, mi musa pedestre y sin autoridad?

Además, dos talentos de una naturaleza análoga pueden tener muy bien concepciones semejantes, sin que se les pueda echar en cara el haber marchado servilmente por el mismo camino. Se permite aprovecharse de las ideas y de las imágenes expresadas en una lengua extranjera para enriquecer la suya; lo hemos visto en todos los siglos y en todos los tiempos. Yo reconozco sin vacilar que en mi juventud, *Ossian*, *Werther*, *Les Réveries du promeneur solitaire*, *Les Études de la nature*, pudieron mezclarse a mis ideas, pero no he ocultado nada, no he disimulado en nada el placer que me causaban aquellas obras.

Si fuera cierto que *René* fuera en el

fondo el personaje único puesto en escena bajo diferentes nombres en *Childe-Harold*, *Conrado*, *Lara*, *Manfredo*, el *Giaour*; si acaso lord Byron me hubiera hecho vivir con su vida, ¿hubiera tenido la debilidad de no nombrarme jamás? ¿Sería yo uno de esos padres de quienes se reniega, cuando se ha llegado al poder? ¿Lord Byron puede haberme ignorado por completo, cuando cita a casi todos los autores franceses contemporáneos suyos? ¿No ha oído jamás hablar de mí, cuando tanto los diarios ingleses, como los franceses, han resonado junto a él, con la controversia suscitada sobre mis obras, cuando el *New-Times* hizo un paralelo entre el autor de *El Genio del Cristianismo* y el autor de *Childe-Harold*?

No hay inteligencia, por favorecida que sea, que no tenga sus susceptibilidades, sus desconfianzas; se quiere guardar el cetro, se teme tener que dividirlo, y las comparaciones irritan. Por eso otro talento superior ha evitado mi nombre en una obra sobre la *literatura*. Gracias a Dios, estimándome en mi justo valor, no pretendí nunca el imperio; como no creo más que en la verdad religiosa, de quien es la libertad una forma, no tengo más fe en mí que en cualquiera otra cosa de este mundo. Jamás he sentido la necesidad de callar cuando he admirado; por eso proclamé mi entusiasmo hacia madama Staël y hacia lord Byron. ¿Hay algo más grato que la admiración?

Por otra parte, la quisquilla que demuestro en estas *Memorias* con el mayor poeta que ha tenido Inglaterra, desde Milton, no prueba más que una cosa: el alto precio que hubiera dado yo al recuerdo de su musa.

Lord Byron ha abierto una escuela deplorable, yo presumo que ha causado tanta desolación con los *Childe-Harold*, a que ha dado nacimiento, como yo con los *Renés*, que andan alrededor mío.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias; los jóvenes han tomado en serio sus palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas a dejarse seducir, con horror, por ese monstruo, a consolar ese Satanás solitario y desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no había encontrado la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa, un corazón tan grande como el suyo. Según la opinión fastasmagórica, Byron es la antigua serpiente seductora y corruptora, porque ve la corrupción de la especie humana: es un genio fatal y

doliente colocado entre los misterios de la materia y del espíritu, que no alcanza a descifrar el enigma del universo, que considera la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el hijo de la desesperación, que desprecia y reniega, que padeciendo una herida incurable se venga llevando el dolor por la voluptuosidad todo lo que se le acerca; es un ser que no ha pasado por la edad de la inocencia, que no ha tenido la ventaja de ser arrojado y maldito de Dios; un hombre que, saliendo réprobo del seno de la naturaleza, es el condenado de la nada.

Este Byron de las imaginaciones exaltadas, no es, a mi parecer, el de la realidad.

Dos hombres diferentes, como en la mayor parte de los hombres, se han reunido en el poeta: el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El bardo, apercibiéndose del papel que el público le hacía representar, lo ha aceptado, y se ha puesto a maldecir al mundo, que antes sólo consideraba como un sueño: esta marcha es sensible en el orden cronológico de sus obras.

En cuanto a su *genio*, en vez de tener la extensión que se le atribuye, es bastante reservado; su pensamiento poético no es más que un gemido, una queja, una imprecación; con tal cualidad es admirable; es preciso no preguntar a la lira su pensamiento, sino lo que canta.

En cuanto a su *espíritu*, es sarcástico y múltiple, pero de una naturaleza que agita y de una influencia funesta: el escritor había leído a Voltaire, y lo ha imitado.

Byron, dotado de todas las ventajas, tenía poco de que acusar a su nacimiento; el mismo accidente que lo hacía desgraciado, y que había ligado fuertemente su superioridad a la enfermedad humana, no hubiera debido atormentarlo, puesto que no impedía que le amasen. El cantor inmortal conoció la verdad que encierra la máxima de Zenón: *La voz es la flor de la belleza*.

Es deplorable la rapidez con que hoy las glorias. Al cabo de pocos años, ¿qué digo?, de algunos meses, la preocupación desaparece; la denigración le sucede. Ahora la gloria de lord Byron desaparece; su genio es mejor comprendido por nosotros; durarán más los altares en Francia que en Inglaterra. Como *Childe-Harold* se destaca en la pintura de los sentimientos particulares del individuo,

los ingleses, que prefieren los sentimientos comunes a todos, concluirán por despreciar al poeta, cuyo grito es tan profundo y tan triste. Que lo piensen bien; si rompen la imagen del hombre que los ha hecho vivir, ¿qué les quedará?

Cuando escribí en Londres, en 1822, mis sentimientos acerca de lord Byron, sólo le restaban dos años de vida; ha muerto en 1824, cuando los desengaños y los disgustos iban a empezar para él. Yo le precedí en la vida y él me ha precedido en la muerte: él ha sido llamado antes de su turno; mi número estaba delante, y, sin embargo, el suyo ha salido el primero. *Childe-Harold* debiera haber quedado; el mundo me habría perdido sin notar mi desaparición. Yo he encontrado, siguiendo mi camino, a la señora Guiccioli en Roma, a la señora Byron en París. Ambas me han presentado la debilidad y la virtud: la primera tenía quizás demasiadas realidades, la segunda bastantes ilusiones.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

INGLATERRA DESDE RICHMOND A GREENWICH. — EXCURSIÓN CON PELTIER. — BLEINHEIM. — STOWE. — HAMPTON-COURT. — OXFORD. — COLEGIO DE ETON. — COSTUMBRES PRIVADAS. — COSTUMBRES POLÍTICAS. — FOX. — PITT. — BURKE. — JORGE III. — VIDA PRIVADA DE LOS INGLESES. — COSTUMBRES POLÍTICAS. — ENTRADA DE LOS EMIGRADOS EN FRANCIA. — EL MINISTRO DE PRUSIA ME DA UN PASAPORTE FALSO, BAJO EL NOMBRE DE LA SAGNE, HABITANTE EN NEUCHÂTEL, EN SUIZA. — MUERTE DE LORD LONDONDERRY. — FIN DE MI CARRERA DE SOLDADO Y DE VIAJERO. — DESEMBARCO EN CALAIS.

Ahora, después de haberos hablado de los escritores ingleses en la época en que Inglaterra me servía de asilo, sólo me resta decir algo de esa nación en esta época, de su aspecto, de sus castillos y de sus costumbres privadas y políticas.

Toda Inglaterra puede verse en el espacio de cuatro leguas, desde Richmond, encima de Londres, hasta Greenwich, debajo.

Debajo de Londres está la Inglaterra industrial y comercial, con sus diques, sus aduanas, sus cervecerías, sus manufacturas, sus navíos; éstos, a cada marea, remontan el Támesis en tres divisiones; los más pequeños los primeros,